

no de escogidos para una salvacion que
 den todas las cosas debajo del sol. No est
 hemos que son estos los designios del cielo
 en todos los sucesos, y en todas las revoluc
 ciones. Todo lo que conduce a este termino
 está sabidamente dispuesto; todo lo que no
 proporciona mas que una inutilidad para
 ser es por lo mismo livel.
 ¿Que nos importa, pues, el continuo
 lloro y reñido de los bienes, y males terren
 nos, de los actores y de las obras que ve
 rian a cada paso la escena del mundo. Per
 tuenecamos con la Iglesia firmes e inmutables
 sobre la piedra en que está fundada. El or
 den supremo y seguro es, que establezca
 mos nuestra fe en sus verdaderos principios,
 y estos solamente son dos, la Escritura y la
 tradicion. Los de presentarios el tiempo
 para que nos sirva de gobierno en el que
 terminacion de la verdad, estas cosas de
 la Iglesia como el Evangelio nos enseñan a
 lugar de los que por la fe y por la
 verdad. A la manera que las palabras de
 de aperturas de los hereses nada pueden
 lavar de su doctrina; del mismo modo los
 victos, hasta o malamente, atinados a
 nuestras y acciones no pueden servir de puri
 ficacion en el ensenar; que si nos está
 mandado otras mandado nos está tambien
 no imitarlos siempre. Aun que victos en
 tran en los designios de aquel Señor de
 ticia, cuyos rayos reflejan en todos los
 todo intento como del oro y del carbón por
 rindiendo así Dios para que seamos como
 mente ayos, y para llevarnos a sus fines
 por el camino que nos ha señalado. En
 gerario que haya escandalos; y los que
 tarios de rector están en el orden para
 cultismo del mundo antes de su Iglesia
 tanto más a conocer mejor su virtud divina
 que cuando la sostuvo por medio de man
 tras victorios.

empedran su encargo, no le dejó nada de
 su persuasion. Por tanto no tuvo dificultad
 en acceder a los consejos de Santa Catalina
 de Sena, la cual le instó, luego que hubie
 vado a la Catedral de San Pedro, a que no
 tardase en unir las lagrimas de la Iglesia
 romana. De consiguiente, la estabilidad del
 Sumo Pontifice en su propia Iglesia y la ley
 de la residencia en general, aun en el tem
 po en que se decretaron con menos re
 serva, por diferentes motivos, no padecieron
 eclipse alguno: al menos prevalecieron cons
 tantemente sobre los hechos que a ellas ma
 ximas.
 En fin, el Autor y Conservador eterno
 de la Iglesia quiso dar con este motivo una
 de aquellas lecciones formidables que están
 reservadas para los escandalos de primer
 orden. Despues del cisma que permitió des
 pues de los abusos y relajaciones de la ter
 cera edad, todo el desase y actividad de las
 artes tuvo por objeto la reforma, con la
 concordia y perseverancia, que hubiese
 nos necesario el estimar por el digno y
 modesto; de él nos administró abundan
 tes pruebas la historia de la edad siguiente,
 desde su primer periodo.
 La incontinencia, la relajacion, los abusos
 y desorden de todas clases, y todos los
 obstáculos aparentes, no serian espacos de
 retardar, antes bien, no podian menos de
 adelantar los designios del Señor acerca del
 cuerpo de la Iglesia, y de nada uno de sus
 miembros. La omnipotencia del Dios tres
 veces santo se manifestó mas que nunca
 cuando se vio al hombre a pesar de su ca
 ridad, las mayores dificultades surven
 para formar los mayores santos. Una cir
 cunstancia mas singular y si parecer mas
 favorable a la virtud, no hubieron ofrecido
 los mismos combates, ni por consiguiente
 las mismas victorias a aquel soldado nume
 roso.

LIBRO CUADRAGÉSIMO-SESTO.

Desde el principio del gran cisma de Occidente en el año 1378, hasta el fallecimiento de Urbano VI en el de 1389.

URBANO VI, ó Bartolomé Prignano, hubiera sido reputado por el hombre mas digno de sentarse en la Silla de San Pedro, si nunca la hubiera ocupado. Era de familia noble, sábio y uno de los hombres mas instruidos que hubo en su siglo en la ciencia del derecho canónico. Distinguíanle su celo por el progreso de las letras, su acreditada probidad, su odio a la incontinencia de los clérigos y a la simonia, su sencillez, su modestia, su piedad, su caridad y al propio tiempo su rigidez consigo mismo. Nunca se quitaba el cilicio, y ayunaba todo el Adviento y desde la Sexagésima hasta la Pascua (1). Habia adquirido mucha experiencia en los distintos puestos que habia ocupado, ya siendo arzobispo de Cirenza en el reino de Nápoles, ya trasladado a la silla de Bari y encargado de la administracion de la cancelleria romana. Mas no podia tolerar obstáculos a su voluntad: era de un carácter triste y reservado, y sobre todo incapaz de ningun miramiento cuando trataba de llevar a efecto algun pensamiento útil ó de efectuar alguna reforma (2). Indudablemente habria permanecido pacifico poseedor del pontificado si hubiese sabido guardar armonia con los cardenales; pero la acrimonia de su celo ó de su genio le puso al borde de precipi

tarle de la Silla apostólica, y dió lugar a un cisma que afligió a la Iglesia por espacio de cincuenta años.
 Apenas se vió encumbrado a tan elevada dignidad, cuando principiaron a descubrirse todos sus defectos (1). Habiendo sido coronado en el domingo de Pascua, el lunes, despues de haber asistido a Vesperas en la capilla principal de su palacio, se irritó de repente al ver allí cierto número de obispos, y les dijo con aspereza y enfado que todos ellos eran unos perjuros, pues abandonaban sus iglesias por residir en su corte. La sorpresa que les causó una reprension tan amarga, no dejó a ninguno la libertad necesaria para responder, escepto Martin de Pamplona, refrendario de la Santa Sede y doctor célebre en derecho canónico, quien replicó con mucha serenidad: «¿Yo perjuro! ¿Acaso estoy aquí por mi interés particular, ó por los negocios generales de la Iglesia? Lo único a que yo aspiro es a retirarme de esta ciudad y a volver a mi pueblo.» Urbano estuvo tan lejos de conocer esta acusacion indirecta de su imprudencia, que el lunes siguiente, en un consistorio público a que asistieron los cardenales y otros muchos prelados, tornó a reprender sus costumbres con mayor acrimonia y libertad. Habiendo llegado casi al propio tiempo el cardenal de Amiens,

(1) Niem. lib. 1, cap. 4.
(2) Vil. Pap. t. 1, pag. 1263.

(1) Niem. lib. 1, cap. 4.

Juan de la Grange, á ponerse á la obediencia del nuevo Papa, dióle al principio el recibimiento conveniente al honor que merecian sus raros talentos; mas no tardó en sacar la cabeza el genio duro del Papa acusándole de avaricia y traicion, de perpetuar la guerra entre ingleses y franceses para enriquecerse prolongando su legacia, y de fomentar tambien las disensiones entre los reyes de Castilla, de Aragon y de Navarra (1). Llegó en fin al extremo de decir que no habia mal alguno que no hubiese hecho aquel cardenal (2). No pudiendo tenerse á raya el prelado al oír estas palabras, le dijo en ademán de amenaza: «habeis mentido como arzobispo de Bari;» y huyó al punto con algunos otros cardenales.

Todos los dias ocurrían nuevas escenas entre el indigesto Pontífice y todo género de personas. Al entregarle una suma de dinero un colector de las rentas de la Santa Sede, le dijo aquellas palabras de San Pedro á Simon Mago: *¡perezca contigo tu dinero!* (3). Olvidando todo lo que debia á la reina de Nápoles, su soberana natural, trató á su marido Oton de Brunswik con una altivez insultante, al mismo tiempo que este principe le hacia la corte en Roma con tanta atencion como el menor criado de palacio. Incapaz de tratar con ningun miramiento, ni aun á los soberanos de primer orden, amenazaba en público á los reyes de Francia y de Inglaterra, diciendo que los habia de castigar, porque sus divisiones tenian desolada á la cristiandad (4). Unos procedimientos tan chocantes exasperaron muy pronto los ánimos de todos.

Retiráronse á mediados de mayo á Anagni, ciudad de Campania, los demas cardenales ultramontanos, esto es, los franceses

(1) Niem. c. 6; Valsingh. in Rich. II.

(2) Vit. t. 1, pag. 1158.

(3) Niem. lib. 1, c. 7.

(4) Valsingh. in Rich. II.

y el español Pedro de Luna, con pretexto de libertarse del mucho calor de Roma. Marchó tambien allá el cardenal de Amiens con su comitiva, y se reunieron hasta trece sin contar los demas prelados de la corte romana que eran de su partido. Pasó entre otros igualmente á Anagni el camarlengo de la Iglesia romana, hermano del cardenal de Limoges; y es de notar, que habia llevado consigo los ornamentos de la capilla pontificia que estaba á su cuidado; lo que dá motivo para presumir que, cuando salieron de Roma los cardenales, estaban resueltos á elegir otro Papa (1). Sin embargo hasta el mes de julio trataron á Urbano como á legitimo Pontífice, nombrandole en calidad de tal en todas las misas que se celebraban en el palacio de Anagni, dirigiéndole súplicas y despachando en su nombre todos los asuntos de penitenciaría. De esta conducta se valieron despues y con razon los partidarios de Urbano contra los cardenales franceses, autores de la eleccion del nuevo Pontífice y del cisma que fué su consecuencia.

Entretanto la reunion de tantos cardenales en un mismo parage; la circunstancia del lugar, cuyo gobernador, el conde de Fondi, estaba predispuesto contra Urbano porque habia querido despojarle de aquel gobierno; la fuga del camarlengo con los ornamentos pontificios, y ciertas conversaciones que principiaban ya á traslucirse, hacian sospechar al Papa que se urdia alguna trama contra su autoridad. Pareció entonces que estaba arrepentido de los motivos de disgusto que habia dado á los cardenales, y mucho mas de haberlos dejado salir. A fin de volver á atraerlos se acercó á ellos, y el dia 26 de junio se trasladó á Tivoli que dista quince millas de Roma, y está casi á la mitad del camino de Anagni.

(1) Vit. t. 1, p. 1066; Rain. ann. 1378, num. 107.

Mas esta traslacion solo produjo el efecto de inspirarles mayor desconfianza; y para atender á su seguridad, llamaron un cuerpo de gascones y de bretones, restos de un ejército que habia empleado Gregorio XI contra los enemigos de la Iglesia. Este incidente hizo que Urbano se abandonase á los movimientos de su genio y decidió el rompimiento. Los romanos salieron armados y se alejaron hasta dos millas de Roma para disputar el paso del Teveron á aquellas tropas esforzadas, las cuales los derrotaron matando mas de quinientos. Vengáronse vilmente los vencidos en los franceses que habia en Roma, sin distincion de edad, sexo ni condicion, y se acabó toda esperanza de reconciliacion.

Los cardenales de Anagni pensaron ya solo en asegurar el éxito de la empresa que meditaban, grangeándose el favor de los príncipes y la aprobacion de los sábios, especialmente en Francia que era su patria. Dispusieron pues que saliesen consecutivamente tres enviados distintos, á saber, el bachiller Juan de Guignecourt, el obispo de Famagosta, y en fin el maestro del sacro palacio, Nicolás de San Saturnino, del orden de predicadores. Llevaban todos tres el encargo de prevenir al rey Carlos V y á la universidad de Paris acerca de la deposicion de Urbano y de la creacion de un nuevo Papa, objeto que en las cartas credenciales se explicaba de un modo vago y misterioso, como importante á la fé y al régimen de la Iglesia (1); mas no pasó mucho tiempo sin que se hablase abiertamente de ello como de un peligro de cisma, mayor que el que habia habido cien años antes. La fecha de estas cartas es de 16 de julio.

En 20 del mismo mes, deseando los cardenales conjurados dar un aspecto de regularidad á su conspiracion y lograr en fa-

(1) Marsil. Ingh. apud. Duboul. tom. 4, p. 466.

vor suyo la unanimidad del Sacro Colegio, llamaron por via de citacion á los colegas que se hallaban en Tivoli con el Papa, esto es, á los cuatro italianos, que eran los cardenales de Florencia, Milan, Ursini y San Pedro. En esta citacion se usaba todavia de cierta reserva, mejor diremos astucia; con respecto á Urbano, á quien exhortaban á que hiciese dimision por sí mismo, disuadiéndole con la esperanza de una segunda eleccion libre y canónica. Mas no creyó acertado el esponerse á quedar burlado, y así es que se hizo desde luego una protesta solemne contra su primera eleccion, en que se refirieron todas las violencias que la habian acompañado. A consecuencia de ella hicieron defeccion tambien los cardenales italianos, excepto el de San Pedro. Pasaron los otros tres á las inmediaciones de Palestrina para conferenciar con otros tantos cardenales diputados de Anagni. No convinieron, á lo menos en cuanto al modo de proceder; sin embargo se desechó por unanimidad como imposible el proyecto de un concilio general. El cardenal de San Eustaquio adujo tres razones reducidas á decir que no se podia convocar ni celebrar el concilio, *porque no habia Papa.* Porque, añadia, el Papa es quien debe convocar el concilio, y los decretos de este reciben su fuerza de la autoridad del Papa. Debe notarse que todavia no habia cisma en la Iglesia, pues en los cardenales estaba no establecerle; pero cuando en 1414 se verán hasta tres Papas, ó mas bien tres pretendientes á serlo, se aplicará el remedio del concilio general; de donde se sigue que este remedio solamente es aplicable en el caso de un Papa dudoso. Los tres cardenales italianos, separados desde entonces del Papa reinante, se mantuvieron siempre lejos de él, y se retiraron juntos á Sessa, mas allá de Anagni, para observar lo que pasaba en esta ciudad. Cuatro dias despues, esto es, á 9 de agosto,

se hizo en ella una larga y violenta declaración, que pinta todo el tumulto de la asamblea en que el arzobispo de Bari había sido elegido Papa, le trata de apóstata y de Anti-Cristo, le denuncia públicamente como anatematizado y usurpador de la Silla apostólica, invita á todos los fieles á que le nieguen la obediencia, y aun le amenaza con la venganza de Dios y de los hombres. Esta especie de deposición fué firmada por doce cardenales solamente. El décimo-tercero de los que se hallaban en Anagni, á saber, Juan de la Grange, cardenal de Amiens, no puso su nombre en ninguno de aquellos actos preliminares, porque no había asistido á la elección de Urbano. Nada se omitía para hacer que se mirase como justo un proyecto tan asombroso.

Enviada la declaración á los seis cardenales de Aviñon, los cuales, al responder á la carta de los diez y seis que habían elegido á Urbano, le habían reconocido expresamente por Papa legítimo, se adhirieron á ella unánimemente, y trataron á Urbano de antipapa. Enviáronla también á la universidad de Paris y al rey Carlos V, el cual, usando de su acostumbrada prudencia, convocó una asamblea de prelados y doctores, que por razón de su número eran bastantes para representar la iglesia de Francia. Hubo en ella seis arzobispos y treinta obispos, sin contar los doctores y abades, y el resultado fué que no se abrazase el partido de los cardenales contra Urbano, hasta que se congregase otra asamblea mas numerosa y precediese una deliberación mas madura; que para asegurar el acierto se enviasen algunos individuos del Consejo de Estado á que adquiriesen noticias positivas en el mismo lugar donde se había hecho la elección, y que entretanto concediese el rey su protección á los cardenales, para que sus personas estuviesen libres de todo riesgo.

No esperaron en Italia el término de esta prudente resolución. Retiráronse los cardenales de Anagni, que estaba muy cerca de Tivoli, donde permanecía el Papa, y por lo mismo no creyéndose seguros allí, pasaron á Fondi, ciudad del reino de Nápoles, poniéndose bajo la protección de la reina Juana. Al principio había defendido esta princesa al Papa Urbano, y aun después de la sublevación de los cardenales le envió para su guardia dos mil lanzas y cien hombres de infantería; mas Urbano tenía tan poca habilidad para conservar sus amigos como para evitar el conciliarse nuevos enemigos (1); y así ofendió gravemente á la reina, pretendiendo que la heredera del reino de Sicilia, pedida en matrimonio por un pariente de Oton de Brunswik, se casase con su sobrino Francisco Prignano, cuyo mérito personal, que no pasaba los límites de la medianía, no podía llenar la distancia que había entre su nacimiento y el trono.

Murió en este tiempo el cardenal de San Pedro, único que estaba sinceramente adicto á Urbano, y solo faltaban en Fondi los cardenales de Milan, de Florencia y de los Ursinos para representar en Italia toda la corte pontificia. Con el objeto de atraerlos y de desvanecer con un poderoso interés cualquiera escrúpulo que pudiera quedarles, dispusieron las cosas de tal suerte que cada cual de ellos se creyese en la posibilidad y con la esperanza de ser elevado á la dignidad de Pontífice. El cardenal de Amiens, en particular, hombre tan ambicioso como intrigante, ofreció en secreto á cada uno su voto y el de los de su facción. Propusoles después que diesen ellos los suyos como votos perdidos al cardenal de Ginebra, que era el mas joven del Sacro Colegio y el que debía tener menos esperanzas

(1) Niem. lib. 1, cap. 8.

zas (1). Mas su intento era alejar del pontificado á los lemosinos, no dudando que después de ellos él tendría el mayor partido.

Después de habérselo preparado así, reuniéronse en cónclave los diez y seis cardenales; mas el efecto de todas las maquinaciones precedentes no fué otro que el de escluir á los lemosinos. El cardenal Juan de Cros, dijo que en las circunstancias en que se hallaban no convenia elegir por Papa á un francés ni á un italiano y al punto dió su voto á Roberto de Ginebra, como adicto por razón de su nacimiento al imperio germánico, del cual era feudo el condado de Ginebra. Desvaneciéndose luego la consideración de los pocos años de Roberto, ó por mejor decir, le fué favorable, y parece que servia para corroborar los motivos fundados en su nacimiento. En un Pontífice de treinta y seis años, enlazado con todos los soberanos de la cristiandad, no se vió ya mas que unas inclinaciones tan nobles como su familia, un Pontífice liberal, magnífico, de admirables modales, elocuente y activo como lo era efectivamente cuando se aplicaba al despacho de los negocios; en suma, ya no se vió en él sino un terrible rival de Urbano. Diéronle su voto todos los cardenales franceses, sin exceptuar el cardenal de Amiens que aparentó hacer mérito de lo que realmente era para él un motivo de despecho. Abstuvieron de votar los italianos que eran menos dueños de sí mismos; pero rindieron homenaje al nuevo Papa, y poco después confesaron en un escrito público, que en su promoción se habían observado las leyes de la Iglesia. Murió al año siguiente el cardenal de los Ursinos, sujetando la decisión de esta causa á un concilio general. La elección de Roberto de Ginebra se hizo el día 21 de setiembre del año 1378, cinco meses y

(1) Chron. Ms. Coll. Lud. XIV.

doce días después de la de Urbano VI, y fué coronado con el nombre de Clemente VII el día último de octubre del mismo año, es decir, seis meses y diez y ocho días después de la coronación de Urbano.

Dividióse el orbe cristiano, aunque con desigualdad, entre los dos Papas. Urbano VI tuvo siempre á su favor el mayor número; conservó en su obediencia la mayor parte de Italia, los Estados del emperador Wenceslao, que sucedió en 29 de noviembre de dicho año, á su padre Carlos IV; la Inglaterra, opuesta en todo á la Francia; la Bretaña, Flandes, Hungría, Polonia, Dinamarca y Suecia. Obedecieron á Clemente VII Francia, España, los pequeños reinos de Nápoles, Chipre y Escocia, los Estados de Austria y algunas ciudades de Alemania, los de Rodas y Génova, los ducados de Lorena y de Bar, y los condados de Saboya y de Ginebra; y aun necesitó mucho tiempo y negociaciones para adquirir estos varios países, unos después de otros. La Francia, que fué su apoyo mas sólido y constante no se decidió á su favor hasta después de largas deliberaciones.

Los diputados que había enviado á Italia el rey Carlos se avistaron con los cardenales, quienes les juraron por la Santa Eucaristía la verdad de todo lo que se decía de la irregularidad y de las violencias del cónclave en que se había hecho la elección de Urbano. En consecuencia de esta noticia celebró el rey en Vincennes una asamblea de los obispos, abades, principales eclesiásticos, especialmente de la universidad, individuos de su consejo y personas mas calificadas que había en Paris, é hizo que cada uno de ellos en particular ofreciese con juramento que manifestaría su modo de pensar sin temer ni atender á respetos humanos. Aunque hubo alguna variedad en las opiniones, estuvo la pluralidad de votos á favor de Clemente. Mas el religioso y prudente mo-